



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

Andrés Ovejero

Andrés Ovejero y Bustamante es conocido en el mundo hispano de ambos continentes como literato, crítico de arte y militante en el partido socialista. Desde 1902 ha sido catedrático de teoría de la literatura y de las artes en la Universidad de Madrid.

(Razón y Fe. 118 (1939) 5-14)

Hoy he recibido la Comunión. Elegí el día de un aniversario familiar, ofreciéndola por el alma de mis padres. Quise revivir, al término de mi pecadora existencia, la emoción de sus inocentes comienzos. Por eso quise comulgar en una pequeña iglesia, en el Oratorio del Caballero de Gracia, situado frente por frente a la casa donde nació yo. En la casa de enfrente de esa calle vi por vez primera la luz del sol, a las ocho de la mañana, como dice mi partida de bautismo. A la misma hora, en la misa de las ocho, he visto hoy renacer para mí la luz de la verdad. Entre aquellas columnas basilicaras que trazó el arquitecto madrileño D. Juan de Villanueva al volver de Roma, trayendo acaso en los ojos la imagen de San Pablo extramuros, por entonces en restauración, entre esas columnas que en la iglesia profanada y saqueada se sostienen en pie, incólumes como un símbolo en piedra de lo imperecedero de las creencias, he dado hoy gracias a Dios, que ha traído a mi alma el apaciguamiento que tanto había menester. En estas cuartillas quiero darle también las gracias a usted, P. Peiró, que tan caritativamente acogió mi confesión general. Esa fecha será inolvidable para mí. Todo mi ser espiritual ha sido renovado por el santo sacramento de la Penitencia. Mi examen de

conciencia esclareció con resplandores luminosos las zonas más oscuras de mi mente. El dolor de mi corazón purificó mi sensibilidad, transformando mi contrición angustiosa en un placer celestial. Mi propósito de la enmienda ha fortificado mi voluntad con firmeza diamantina. Toda mi alma: sensibilidad, inteligencia, voluntad, han sido renovadas en la hora augusta de mi confesión. ¡Cuán sabia y cuán santa es la Iglesia! ¡Cómo se ve el sello divino en todas sus instituciones!

En rendimiento de gratitud, obedezco la insinuación de usted, que reviste para mí rigor de penitencia. Porque penitencia es para mí vencer mi actual vocación en silencio. Harto he hablado ayer, para que mi más íntimo anhelo sea el de callar hoy. Hasta creó que Dios mismo, al incomunicarme para el diálogo con las gentes, me muestra el camino de perfección en lo más recóndito de mi vida interior. Pero si U. cree que mis palabras, tantas veces expresivas de soberbios pensamientos, pueden tener en su humildad de ahora la eficacia de algo ejemplar, yo me someto. Quisiera Dios que yo pudiese a mi vez desengañar a algún equivocado y estimular a algún indeciso. Si vale mi lección de escarmiento, vean en mí cómo se hace lúcida la visión de la verdad y cómo se domina la perplejidad de ánimo. Vean en mi retractación de pasados errores cómo opera la gracia que Dios misericordiosamente nos concede.

Porque ¿qué es lo que ha provocado mi conversión? Visiblemente advierto en ello la presencia espiritual de mi ángel custodio. Desde que mi santa madre me lo hizo ver cerca de mí, nunca ha estado ausente.

El ángel de la guarda presidió la educación religiosa de mi infancia en un hogar verdaderamente cristiano. Pongamos todo el máximo esfuerzo en mantener la familia cristiana y la educación cristiana. Mientras haya familias cristianas, estará asegurada la santa continuidad de la tradición de España. Mientras haya educación religiosa, quedará asegurado el venturoso futuro de nuestra patria.

Me ha salvado asimismo la formación espiritual de mi juventud en la Congregación de San Luis Gonzaga y Nuestra Señora del Buen Consejo. Hasta en lo humano, innúmeras amistades posteriores han fenecido; sobreviven las amistades de los Luises. En ninguna edad de la vida es acaso más necesario el ambiente espiritual que en la edad de las pasiones. Es el difícil momento de la transición del medio familiar al medio social. Entre los compañeros que rodean a los muchachos, las buenas com-

pañías edifican, tanto como las malas compañías pervertien. Más que ningún educador (que no pasa de ser el maestro de una hora), pueden los jóvenes camaradas, maestros de todas las horas. Y la imagen de San Luis Gonzaga irradia idealidad en los años mozos.

No me abandonó mi ángel custodio en mi juventud. Dios únicamente sabe todo lo que los recuerdos de mi infancia y de mi juventud sembraron sobre el surco de mi vida. Conservo el recuerdo imborrable de dos santos lugares de mi emoción infantil y de mi juvenil emoción. Aquella primera capilla del lado de la Epistola en mis amadas Escuelas Pías de San Antón. Aquel cuadro de Goya ante el que me arrodillaba en la misa de todos los días. Aquel cuadro de Goya, con algo del Greco, con mucho de Velázquez, con más de Rembrandt, que representa la última comunión de San José de Calasanz. Cuando yo, en mis excursiones de arte, he iniciado siempre la jornada dominical arrodillándome al lado de mis discípulos para oír misa, acaso llenaba mi subconsciencia el recuerdo de la imagen del santo aragonés arrodillado junto a los niños. Y aquella capilla de la Virgen del Buen Consejo en la Catedral de Madrid. ¡Cómo he sentido reverberar más que las luces en los infinitos espejos de su decoración hipnotizadoramente barroca, la alegría que, con el recuerdo gozoso de San Luis Gonzaga, letificó mi propia mocedad creyente!

Más tarde, ya hombre, sufrí la crisis más dramática de mi existencia. El derrumbamiento de mi hogar sobre sus cimientos mismos, mi vida familiar truncada antes de su iniciación, la separación trágica para toda la vida de quien había elegido para compañera de mi vida, todo aquel girar de mi razón misma en la órbita de la locura, hubiera hecho de mí una víctima de la desesperación sin los Ejercicios Espirituales que aquietaron mi desasosegado espíritu con la consoladora devoción de mis rosarios en el jardín de Chamartín, ante la Virgen del Recuerdo...

Ni en mi infancia, ni en mi juventud, ni en mi edad viril, me faltó nunca la intercesión protectora. Recibiendo bien por mal, a mis negligencias correspondían mayores requerimientos de la gracia. No me abandonó Cristo nunca. Yo sí le abandoné largos años. Quince o veinte años permanecí apartado del camino de la verdad.

Se abrió el paréntesis de mi vida espiritual durante mis años europeos. Cuando bondadosas amistades, compadecidas de las vicisitudes que habían quebrantado mi salud, me facilitaron largos viajes cruzando fronteras, con los varios estados de alma de los distintos paisajes quedó vencida mi neurosis, pero perdí la salud moral.

Durante ese tiempo, en la primera mitad de cada día, todos los museos de Europa abrieron ante mí sus respectivas estéticas con la saludable alegría de la mañana, y en la última mitad del día los centros obreros de

todos los países, por mí frecuentados, sumergieron mi pensamiento en lo sombrío de las luchas sociales. Todos los días acababan para mí cavilosamente en alguna reunión proletaria, donde asistía, al caer de la tarde, al crepúsculo de mis creencias...

Cuando regresé a España, mi adaptación a la moda intelectual de entonces me había "europeizado". Era socialista ya. El verbo de los grandes propagandistas de Italia, de Bélgica, de Alemania y de Francia me hacía vibrar de entusiasmo. De entre todas esas voces, la que con más elocuencia exaltó mi admiración fué la de Jaurés. Su idealismo reivindicador de las aspiraciones de los utópicos frente a la rigidez marxista; su rectificación del materialismo histórico en nombre del romanticismo del escritor francés que proclamaba: "En el siglo XX Francia dará la paz al mundo", abría el vuelo de sus esperanzas internacionales sobre el anubarrado horizonte de Europa en vísperas de la guerra. Trabé amistad con él. En conversación con él creo que fué cuando yo expuse por vez primera la fórmula que repetí después cien veces desde la tribuna: que mi ambición pretendía encontrar en España y para España "la expresión estética del socialismo científico". Era el producto híbrido y, por tanto, infecundo de mis Museos matinales y de mis mítines vespertinos (¿Dónde ha ido a parar mi fórmula vana? Lo estético, en los museos saqueados y en los incendiados templos; lo científico, en el descenso de la cultura nacional y en el furor homicida. Ni arte, ni ciencia. Las artes diabólicas y la ciencia del mal.)

A poco de volver a España, estalló la guerra europea. El día 1 de agosto de 1914, al saber la muerte de Jaurés, puse mi firma en la inscripción de ingreso en el Partido Socialista. Yo creía entonces que la Internacional era la paz. No supe ver hasta octubre de 1934, cuando mi conciencia de español y de cristiano me impuso la separación de tan funesta política, que la paz en la tierra no será dable sino a los hombres "de buena voluntad", cuando éstos canten milagrosamente el glorioso in excelsis.

Durante todo ese tiempo mi espíritu estuvo trabajado por una contradicción interior. En mis propagandas de cultura popular, en la extensión universitaria, que ese y no otro aspecto ha tenido mi actuación social, convertí acaso imprudentemente la tribuna en cátedra. Las masas de oyentes, siempre numerosas, me manifestaban clamorosamente su aquiescencia, pero espíritus avizores me tildaban unas veces de parajodista, de sofista otras veces. Y no había, no, malabarismos retóricos, ni retorcimientos dialécticos. Yo era igualmente sincero en mis apasionamientos por la justicia social y en mi fervor tradiconalista. Así ocurría que un día, en el Seminario de Toledo, en sesión solemne me aplaudían entusiastas los sacerdotes y me prodigaba sus plácemes el Prelado. Otro

día, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, levantaba en mis oyentes un aura de emoción al describir el mapa de España trabando sobre el territorio nacional la cruz que diseñan las fundaciones teresianas. Otro día, en Córdoba, en un curso dado en la Real Academia de Ciencias y Artes, la pluma ingeniosa y perspicaz de Pérez Madrigal decía haberme visto en el transcurso de mis lecciones alejarme cada vez más de la calle del Piamonte, de la Casa del Pueblo, y acercarme a la calle de la Flor, a la iglesia de la Compañía. Otro día, en Guipúzcoa, decía yo: "Brazos en alto, sí, pero no puños en alto" cuando por doquier en España se alzaba un bosque espeso de puños iracundos; y otros días en Valencia, en Murcia, en Galicia, en Castilla, en Madrid, cien veces proclamaba la necesidad de nacionalizar el socialismo, y pese a las sonrisas irónicas de algunos ante mis supuestas paradojas, y al ceño fruncido de algunos otros ante mis supuestos sofismas, la masa de gente, oyéndome decir cien veces que, para mí, después del nombre de Dios, la palabra más sagrada era la de España, cien veces asintieron, como si en las almas de los trabajadores estuviesen adormecidas las creencias tradicionales, cual un gusano aparentemente deforme, presto a surgir a la luz como mariposa bellísima, como la psiquis de nuestro pueblo español. ¿Quién hablaba por mí en esos momentos sino una fuerza divina, superior a mi debilidad humana?

Pero ¿qué obstáculo era el que a mis oyentes, y sobre todo a mí mismo, detenía a medio camino sin llegar a sacar las consecuencias que se desprenden lógicamente de tal actitud? Difícil es, en el mecanismo de las operaciones psicológicas, descubrir el resorte roto que paraliza el giro de las verdades en marcha. Probablemente, a mis camaradas obreros les impedía el acceso a la verdad el resentimiento nacido de su situación humilde, en lo económico y en lo intelectual inmerecidamente humilde; pero seguramente en mí chocaba con el obstáculo de mi condición soberbia, imperdonablemente soberbia.

Pues aun así, yo, gracias a Dios, me vi asistido verdaderamente por su benignidad infinita con ocasión de mi viaje a la Argentina. En el colegio de los Jesuitas, adonde me llevó un antiguo discípulo mío, hoy profesor insigne en la Universidad de la Plata, Juan Carlos Santillán, sentí la cercanía espiritual de la sobrenatural intercesión. Fué el recuerdo de mi madre, despertado por el de un hermano de mi madre, el P. José Bustamante, S. J., muerto en la Argentina en olor de santidad, lo que percutió en las fibras más delicadas de mi corazón. Los consejos que recibiera en las epístolas familiares del hermano de mi madre, reanimaron mi fe, ante la fe ejemplar de aquel discípulo mío, católico fervoroso, como yo a su edad lo era. De él recibí una lección infinitamente más valiosa que las que él pudiera haber recibido de mí.

Tan eficaz, que, de regreso a Europa, no estuve tranquilo hasta que, en Roma, en San Andrés della Valle, en la iglesia del Santo Apóstol cuyo nombre llevo, inicié la confesión que hoy renuevo ante un crucifijo viendo al través de mis lágrimas la imagen redentora, como nunca la había visto, porque sólo a través de las lágrimas se ve con claridad en las cosas del alma.

En mi proceso espiritual, ésta es la fase definitiva. Leo en el Kempis, libro I, cap. XII, 1: "Buéno es que algunas veces nos sucedan cosas adversas y vengán contrariedades, porque suelen atraer al hombre a sí mismo." A mí mismo me he encontrado. Bien dice usted, P. Peiró, en su comentario evangélico de "Un día de sábado en Cafarnaum": "Gústale a Dios hacerse presente a cada hombre y venir a tratar con cada uno de nosotros en el interior de nuestra conciencia los problemas que personalmente nos interesan".

Así, yo, cuando, alejado del Socialismo, sentía nostálgicamente —¿a qué negarlo?— el vacío del ideal que durante años enteros había llenado mi actividad, el de la justicia social, llegó a mis manos —Dios bendiga los manos que me lo trajeron— un libro que contiene la Encíclica *Quadragesimo anno*, de S. S. Pío XI. Yo no lo conocía. Avergonzado y confuso, he de confesar que el día 15 de mayo de 1931, en que apareció el documento pontificio con sus verdades infalibles, estaba demasiado cerca del 14 de abril de 1931, con las mentiras convencionales de la Segunda República española. ¡Oh, si yo hubiera podido en el patio de San Dámaso contemplar aquel día la blanca figura del Pontífice, o hubiera podido escuchar su voz apostólica transmitida por la potente estación radioemisora de la Ciudad del Vaticano! Pero era por los tiempos en que España iba a "dejar de ser católica", tiempos no lejanos de estos últimos en que España ha estado a punto de "dejar de ser".

Felizmente, el agustiniano *Tolle et lege* se cumplió una vez más. Al tomar el libro, quedé éste abierto por la página en que habla el Papa de los católicos pasados al socialismo. Son páginas que me parecían escritas para mí, como si Dios viniese a tratar conmigo en el interior de mi conciencia los problemas que personalmente me acuciaban. Leídas y releídas esas páginas, podría casi transcribirlas de memoria: "Con cuánto dolor vemos que no pocos hijos nuestros, de quienes no podemos persuadirnos que hayan abandonado la verdadera fe y perdido su buena voluntad, dejan el campo de la Iglesia y vuelan a engrosar las filas del socialismo. Angustiaados por Nuestra paternal solicitud, estamos examinando los motivos que les han llevado tan lejos, y nos parece oír lo que muchos de ellos Nos responden..."

Diríase que el Pontífice, puesto el oído sobre mi corazón, ha auscultado los latidos de mi fiebre, y en la página siguiente, invitación a que vuelvan, ya no es su of-

ACCION CATOLICA

do, sino su voz, la que cerca de mi corazón exclama: "Aunque afligidos por la injuria y oprimidos por el dolor paterno, lejos estamos de rechazar a los hijos tan miserablemente engañados y tan apartados de la verdad y de la salvación; antes al contrario, con la mayor solicitud que podemos les invitamos a que vuelvan al seno maternal de la Iglesia. Ojalá quieran dar oídos a Nuestra voz. Ojalá vuelvan a la casa paterna de donde salieron y perseveren en ella en el lugar que les pertenece, a saber, entre las filas de los que, siguiendo con unidad los avisos promulgados por León XIII y renovados solemnemente por Nos, procuren restaurar la sociedad según el espíritu de la Iglesia, afianzando la justicia social y la caridad social".

Estas páginas sí que quisiera yo que las leyese todos los hombres "de buena voluntad". No me reconozco autoridad moral para propagarlas ante los extraviados. He de confinarme en la soledad y reducirme al silencio. Mi corazón está en ruinas. Pero sobre los templos destruidos por la barbarie roja de sangre y roja de incen-

dio, ya se celebra el santo Sacrificio de la Misa y se ofrece el Pan Eucarístico. Yo lo he recibido en un templo que no sirve aún para la solemnidad litúrgica, pero sirve para el Santo Sacrificio. A las almas solas y desoladas como la mía no corresponden las altas misiones, sino los humildes rezos. Pero si, según escribía San Francisco Javier a San Ignacio, oraciones que subían al cielo desde Europa estaban logrando la conversión de otro continente en Asia, hoy percibo claramente que hay mucho que rezar en España para que España, y Europa, y el mundo entero, se salven con una superación de los propios fines nacionales que no sea la de la Internacional del odio y de la lucha de clases, sino aquella que fué el ideal del Papa Pío XI y el lema de su Pontificado: La paz de Dios en el reino de Cristo. Ya es, felizmente, unánime en el territorio nacional de nuestra amada patria el grito salvador: ¡Arriba España! Pero es menester que nuestras oraciones suban más arriba todavía. A. M. D. G.

Andrés Ovejero.

Nota de la Administración

A los suscritores de Caracas:

Advertimos que en la actualidad está visitando a nuestros suscritores un joven de nuestras oficinas para la renovación de suscripciones del año 1940.

Hemos comprobado que un número considerable de nuestros lectores no han recibido algunos números de la revista por no habernos advertido a tiempo su cambio de domicilio. Procuraremos proporcionar a todos, los números extraviados, con un ruego encarecido de advertirnos oportunamente los cambios de dirección postal.
